Paris : vayamos juntos a ver las presentaciones...

Autor(en): **[s.n.]**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suisses [Édition française]**

Band (Jahr): **- (1952)**

Heft 1

PDF erstellt am: **26.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-792500

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

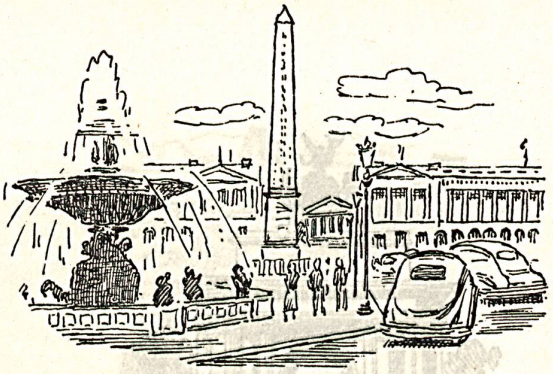
Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

PARIS

Vayamos juntos a ver las presentaciones...



Porque hacia 1855 un joven inglés se enamoró, porque tuvo la idea de crear vestidos para su esposa, porque su espíritu mercantil era sí que también aventurero, y, no menos, porque rebosaba de talento, se celebrará — o debería celebrarse — dentro de tres años el centenario de la primera presentación de modas. ¡ Ya cien años ! Cien años desde que Carlos Federico Worth formó un conjunto de maniquíes — por entonces se decía, de señoritas de almacén — para hacerlas desfilar por delante de las duquesas y de las señoras de la burguesía enriquezida. Este revolucionario creó una tradición. De entonces acá, ocurrieron numerosos cambios en el aspecto de París. Se derrumbó el Imperio, la República fué cambiando de número, por dos veces los alemanes ocuparon la Capital, las calesas fueron reemplazadas por cupés eléctricos, más adelante por los Rolls, los Delahaye y otros Cadillacs, pero esa ceremonia tan esencialmente parisiense siguió teniendo lugar, a pesar de todo. Es, cada vez, el mismo rito y la misma concurrencia afanosa. No hay estreno de pieza teatral que se vea tan concurrido como la presentación de las grandes colecciones. Quizás Vos, lectora de estas líneas, no hayáis jamás asistido a uno de estos estrenos. Seguidme y allí os conduciré.

También vos recibisteis una cartulina y henos ya ante la puerta del modisto. Aguardaréis durante bastante tiempo, mucho tiempo si se trata de una de las lumbreras de la profesión y de no pertenecer a la cuadrilla de varios periodistas que pueden permitirse hacer elocuentes señales por encima de las cabezas de la multitud para que se les permita adelantarse a la gente, por derecho de prioridad. Tras barreras improvisadas — burladeros hechos con mesas, puertas entreabiertas — se encuentran muchachas que verifican las entradas y puntean las listas. Después de salvar estas barreras, os indicarán vuestro sitio. No os emocionéis, pues probablemente estará ya acupado por alguien que, con la más evidente mala fe, procurará no cedérosle. El ambiente es muy cálido y la hora indicada en la tarjeta pasó hace mucho. Distraigámonos buscando caras conocidas: las damas de *Vogue*, que aguardan las instrucciones de su director Brunhoff ; el team de *Harper's Bazaar* presidido por Carmel Snow ; el del *Officiel de la Couture* agrupado en torno de madama Castabié ; los grupos de *Fémina*, del *Album du Figaro*, de la *Femme Chic*, del *Art et la Mode*, de *Silhouette*, de *Women's Wear*. Todos estos periodistas han sido colocados en las cuatro esquinas según unas reglas de precedencia que no revelaré aquí. Se encuentran además las mujeres jóvenes de *Elle*, capitaneadas por Helene Gordon Lazareff, la radiodifusión representada por Lise Elina, la televisión, las numerosas revistas extranjeras, los magazines, los diarios, el cine, los fotógrafos ; también vemos a Lucien François, a la caza del dicho agudo, del retruécano que se apresurará a difundir en cuanto dé con él. También se encuentran algunas personalidades del « Tout París » que intrigaron para obtener una entrada. Hay sillas y más sillas, hasta el punto que le intriga a uno cómo pasarán los maniquíes. A falta de ceniceros, se aplastan las colillas a escondidas sobre la alfombra, los tacos de papel y las estilográficas van saliendo de los bolsos de mano y de los bolsillos. Y, por fin — todo llega — anuncian el primer vestido y comienza el desfile.

Cada modisto hace adoptar a sus maniquíes un ritmo especial. En casa de Christian Dior, Alla o Silvia pasan nerviosas, haciendo revolotear sus vestidos por encima de las rodillas de los espectadores, escurriéndose a través de la concurrencia que rebosa de los salones, demasiado pequeños ; en casa de Fath, este año, Simona y Sofía parecen precipitarse sobre el público, se paran en seco como las patinadoras en un ice-show y desaparecen por el foro a pasitos rápidos ; en casa de Jean Dessès, Olga, Genoveva van de un espejo al otro, sin una sonrisa, casi hieráticas ; en casa de Carven, Fabiana pasa contoneándose voluptuosamente, Chucha, entre los pliegues de sus tejidos multicolores, avanza como una estatua de carne... Al buen maniquí se le conoce por la manera que tiene de pisar. Antaño, en casa de Worth, Michèle tendía el tobillo como el pura sangre del circo al paso de la escuela española. Debió de poner cátedra, pues, de entonces acá, todas adoptaron unas tras otra ese ademán, lo mismo que un pasito de baile que parece indeciso, antes de girar, valseando.

Y los trajes se suceden sin interrupción. Pasan con mucho de los 75 modelos que, durante la ocupación de París, era el mayor número admitido por los grandes de la moda ; ahora son más de doscientos entre trajes hechura sastre, abrigos, juegos, vestidos de mañana, de tarde, de cóctel, de noche, los que desfilan. No os diré que se llega a sentir cierto cansancio, pero llega un momento en que, la misma idea, interpretada diez veces con tejidos y colores distintos, parece algo agotadora. Pero los costureros no se preocupan por ello. Parece como si quisieran demostrar su virtuosidad absoluta, a no ser que deseen sobrepasar a sus colegas...

Tenéis derecho a una copa de champán que, después de vaciada, colocará Vd. debajo de su silla en espera de que el maestresala consienta en recogerla.

Aplaudisteis, escuchasteis los gritos de admiración de los más diligentes supórters, habéis aclamado el vestido de boda que pone fin al desfile y cuyo maniquí tiene que abrirse paso a través de todos los invitados puestos de pie súbitamente y que se precipitan apresuradamente para ir a murmurar unas palabras de éxtasis al gran modisto o modista, sonrojados de placer.

Y os marcháis. ¿ Qué os queda de este espectáculo ? Una visión múltiple, abigarrada, variada. Los amigos os preguntarán, como es de ritual, « Qué se llevará esta temporada ? » Y sólo podréis contestar por frases generales, porque, a decir la verdad, hay tantas sugerencias que no es posible sintetizarlas. Indudablemente habréis recibido un papelito sobre el cual, utilizando un estilo hermético — o para decirlo claramente, en una jerigonza imposible — el modisto explica el tema de su colección. Trátase sólo de imágenes destinadas a los periodistas, hechas exprofeso para evitarles el tener que pensar (no tienen tiempo para ello, pues ven demasiados vestidos en una sola semana), son pues un surtido de expresiones compuestas, el mascarón de proa, la mujer flor, el ramillete, las VV superpuestas, la palmera, etc.

Pero si Vd. posee memoria visual, de lo cual no dudo, le habrá chocado esta temporada el pequeño alargamiento de las faldas, la persistencia de los hombros caídos, anchos y redondeados, las combinaciones de los juegos transformables, de los de tres piezas combinadas, los cuellos cerrados muy altos. Habrá vuelto a ver los mismos tejidos — poco más o menos — en casa de todos los modistos. Le habrá gustado a Vd. le serie de telas secas y espejeantes que van desde el grogrén hasta el alpaca. Habrá visto los colores matizados que van desde el crudo hasta el color de carey, predominando los beiges y los grises. Parece, por cierto que el azul marino y el blanco, que antes eran de rigor en una colección para primavera, van disminuyendo. Habrá visto una profusión de organdíes, sencillos y brochados, de piqués, de muselinas inarrugables, de encajes, de abullonados permanentes, como jamás se han visto ; le gustaron los estampados con sus tonos matizados ; quedaría confundido por la ciencia de Dior, la ingeniosidad de Fath, la gracia de Balmain, la virtuosidad de Dessès, la suntuosidad de Balenciaga, la juventud de Carven ; aplaudiría Vd. mucho a Givenchy, quien ha concebido una nueva fórmula un tanto americana pero tratada a la francesa ; volvióse a tropezar con los vestidos de soaré de Maggy Rouff, con los amables vestidos de Paquin, con la graciosidad de Jeanne Lafaurie, con los juegos estrictos de Madeleine de Rauch (y los que paso por alto, también excelentes).

En cuanto a los sombreros, los habrá ligeros, con muchos trenzados de paja de Wohlen y con cintas de Basilea.

Pero quizás haya Vd. conocido, amable lectora, las preocupaciones de modistos y sombrereras que recurrieron a los tejidos suizos para centenares de patrones y que unos reglamentos del gobierno francés pusieron en el trance de privarlos de ellos de la noche a la mañana, de todos esos tejidos tan delicadamente labrados que florecen en los vestidos y en los sombreros de París. Y sin duda, habría Vd. pensado, como el autor de estas líneas : « Qué lástima habría sido ! »

X. X. X.